

ciera obrar. Seguramente á esto se debió el que algunos le llamasen terco y el que otros notaran en él una constancia y decisión para las empresas que abrazaba, que conservó hasta sus últimos días. Por carácter aborrecía todo lo que llevaba el sello de la arbitrariedad y de la violencia; de modo que detestaba la tiranía, cualquiera que fuese su forma, y amaba los principios de libertad, como absolutamente conformes con la dignidad del hombre y sus naturales aspiraciones.

En el año de 1836, el General Angón había proclamado en Michoacán el establecimiento del régimen federativo, y con sus fuerzas había ocupado á Morelia. Entre varios jóvenes que se presentaron á aquel jefe, ocurrió don Santos, quien obtuvo el grado de subteniente. El Presidente de la República, que lo era entonces don Anastasio Bustamante, mandó una expedición á las órdenes del General don Isidro Reyes para que batiese á Angón y recobrase á Morelia. Éste tomó sus providencias y se puso en estado de defensa. El punto de San Agustín fué encomendado á don Santos. Reyes situó sus tropas en el convento de S. Diego, poniendo sitio á la ciudad. La lucha duró algunos días, bastante empeñada por ambas partes. Don Santos dió muchas pruebas de valor exponiéndose á los peligros y saliendo fuera de fortificación para provocar al enemigo, lo que hizo que éste le reconociese, pues llevaba un capote rojo que le hacía distinguir perfectamente.

Angón se vió obligado á romper el sitio para

salir de la mala posición en que le había colocado la suerte; dió, pues, sus órdenes al efecto, pero antes de que llegara la hora acordada, se retiró de la plaza sin dar aviso á don Santos. Notando éste que ya no se hacía fuego, fué á recorrer los puntos y los encontró abandonados. Entonces volvió á S. Agustín, y como se encontrase ya sin un soldado, él mismo estuvo haciendo fuego toda la noche y corriendo la palabra para hacer creer al enemigo que aun había tropa en aquel punto. Cuando ya se aproximaba la luz, ocultó su fusil y se refugió en la celda de un religioso amigo suyo, apellidado Rosales, quien le dijo le haría pasar por estudiante. Los soldados de Reyes penetraron, al fin, al convento, y como lo registraron todo, encontraron á don Santos en la celda del P. Rosales; al punto le reconocieron por el capote rojo y se preparaban á darle muerte con sus bayonetas, cuando un jefe que casualmente llegó, lo impidió diciéndole que quedase allí detenido.

El General Reyes, después de su triunfo, observó una conducta humana y enteramente conciliadora; así es que ordenó poner en libertad á los presos é hizo que don Santos fuese á su presencia. Informado de su valor y de sus cualidades, le ofreció colocarlo de Capitán en un cuerpo permanente, prometiéndole protección y ascensos en la carrera de las armas. Don Santos rehusó con gratitud aquellos ofrecimientos y manifestó que él no debía engañar al General Reyes empuñando las armas para atacar una causa que sin aspiración ninguna

y por juzgarla buena para la felicidad del país, había defendido. Esta conferencia terminó en la mejor armonía, y don Santos volvió á su destino y al estudio, su ocupación favorita.

El año siguiente de 1837, hizo don Santos un curso de Matemáticas bajo la dirección del Presbítero don Joaquín Ladrón de Guevara, á quien dió siempre el título de maestro, tanto por esto como porque le consultaba en todos sus negocios.

En el año de 1840 ocurrió un suceso que hizo fijar más y más la atención pública sobre Don Santos.

Las tentativas de restablecer en la República el sistema federativo, no cesaron en Michoacán, y las tendencias de muchos liberales, que allí ha habido siempre, eran marcadas en este sentido. En aquella época era muy reducido el círculo político de don Santos. No obstante esto, conocía á aquellas personas que aparecían como más notables y mantenía con ellas algunas relaciones puramente de amistad, si bien éstas no le ocultaban sus designios.

A esto se debió que concurriese casualmente con algunas de esas personas en una casa de campo, un día de fiesta. Estaban en esa reunión cuando entraron dos sargentos del Batallón Activo de Morelia, uno de ellos apellidado Morales, é hicieron á los concurrentes mil propuestas excitándolos á que hiciesen un movimiento liberal, y ofreciéndoles el apoyo de la mayor parte del Batallón con que decían dichos sargentos contaban; Morales sobre todo manifestaba mucho empeño por la empresa y

hacía mil y mil ofrecimientos. Dirigiáanse sus ofertas especialmente á don Santos, á quien rogaba formase una lista de los elementos de hombres y armas que Morales ofrecía. Don Santos rehusaba escribir, tanto porque no había objeto en la reunión, como porque no veía que este paso fuese útil, siendo por el contrario peligroso; así es, que al tomar la pluma, cediendo á las instancias del sargento, adoptó la precaución de voltear hacia fuera la parte del tajo de modo que la letra saliese enteramente desfigurada.

En esta operación estaban, cuando un jefe militar, acompañado de algunos soldados del mismo Batallón de Morales, se presentó en la pieza, haciendo prisioneros á los dos sargentos, á los concurrentes á la junta y á don Santos, á quien nadie pensaba buscar ni hallar allí. La mayor parte de los prisioneros fué llevada á la cárcel. A don Santos se le encerró en un calabozo, en el cuartel del Batallón Activo. Los sargentos fueron igualmente encerrados en una prisión. En rigurosa incomunicación, cerrada con llave la puerta del calabozo y puesto un centinela por la parte de afuera, don Santos se resignó á un acontecimiento inesperado, sin intimidarse por las órdenes que en su presencia había recibido el centinela.

Al cabo de dos días, oyó que una voz le llamaba, y acercándose á la puerta, percibió clara y distintamente al centinela, el cual le dijo que los dos sargentos aprehendidos en su compañía habían sido puestos en libertad. Comprendió don Santos la

importancia de esta noticia y el servicio que el centinela se proponía al dársela; así es que le rogó le diese su nombre, á lo que se rehusó dicho centinela, sin que lograra saber después quién fué aquel soldado.

Esta prisión duró ocho meses, siendo Comandante de las armas de Michoacán en toda esa época el General don Pánfilo Galindo. El encierro fué acompañado de mil penalidades y de amagos de ser fusilado, que le hicieron algunos oficiales, pintándole con vivos colores todos los pasos que preceden al último suplicio. A todo esto, don Santos contestaba que veía con desprecio la muerte; de modo que, viendo que no lograban atemorizarlo, desistieron de mortificarlo.

Se abrió un proceso á todos los presos, que no llegó á ponerse en estado de verse en consejo de guerra; no obstante, caminó con mucha lentitud, lo que hizo que la prisión se prolongase. Del cuartel del Activo, fué trasladado don Santos al de Caballería, donde tuvo alguna libertad y contrajo amistad con la mayor parte de los oficiales, quienes le encomendaban sus defensas y la redacción de aquellos trabajos que requerían algún trabajo (sic) y el conocimiento de las leyes militares.

Especialmente, tuvo estrecha amistad con el Coronel don Andrés Castellero, el cual llevaba muy buenas relaciones con el General Galindo, pues aun vivía en la casa de éste. El aprecio que aquel jefe le profesó, fué sincero, llegando al extremo de irse á vivir en la misma prisión de don Santos.

Al cabo de algunos meses terminó todo, quedando en libertad don Santos y sus demás compañeros de prisión.

Hasta después de transcurridos algunos años, ocurrió un incidente que hizo descubrir á don Santos el motivo de esta prisión. Se le presentó un día el sargento Morales, paralítico y dando muestras de estar en la mendicidad, y le dijo que por consejo de su confesor iba á impetrar su perdón, porque él había sido impulsado para ir á seducir á las personas que en compañía de don Santos habían sido reducidas á prisión el año de 1840. Le manifestó que siendo aquellas personas notoriamente liberales, se trató de combinar un plan falso para sorprenderlas en el momento en que estuviesen reunidos con Morales, quien de antemano habían convenido la hora en que se les debía aprehender, mientras él procuraba persuadirlas de que ejecutasen un movimiento de acuerdo con el Batallón Activo. Entonces don Santos recordó el incidente del centinela y pudo explicarse cómo fué comprendido en una red que no estaba tramada para él. Morales recorría las calles de Morelia esperando que alguno lo socorriese; don Santos lo hizo con frecuencia, por cuyo motivo aquel desgraciado le dió siempre el nombre de padre.

En el año de 1844, fué nombrado Secretario de la Junta Subdirectora de Estudios de Michoacán, siendo Presidente de la Junta Directiva de Fomento de Artesanos, cuyo reglamento formó por encargo de la misma. El conocido afecto que profe-

saba á las letras y á las artes, hizo que la atención pública se fijase en él para encargarle lo que tuviese conexión con alguno de estos ramos. Con esmero y dedicación desempeñó ambos encargos, especialmente el de la Subdirección de Estudios.

Al Cabildo de la Iglesia Catedral de Michoacán pertenecía el edificio del antiguo colegio de San Nicolás, fundado por el primer Obispo de aquella diócesis, don Vasco de Quiroga, y habiéndose cerrado desde antes de la guerra de independencia, estuvo destinado después á una academia de dibujo. Naturalmente, con el transcurso de los años se deterioraba el edificio, sin que se pensara en utilizarlo de una manera positiva en beneficio de la juventud, haciendo de él un plantel de educación; don Santos tuvo la idea de que se abriese nuevamente el colegio y trabajó cuanto pudo con ese objeto. Ayudado para el mismo fin por otras varias personas, su calidad de Secretario de la Junta Subdirectora de estudios le proporcionaba ocasión de empeñarse con éxito. Dicha Junta contó, entre otros vocales, al Dr. don Joaquín Moreno y á los Lics. don Miguel Bribiesca y don Vicente Rincón, personas conocidas por su ilustración y posición social. Repetidas comunicaciones se dirigieron á la Junta Directiva General de México para que procurase y obtuviese del Cabildo de Michoacán la cesión del colegio con todos los capitales que formaban sus fondos. Algunos individuos del Cabildo, entre los primeros el Dr. Moreno, tenían la mejor disposición, y don Santos, por su buena amistad con ellos,

se esforzaba siempre en que cediesen el edificio para la instrucción pública. Sin embargo de esto, muy poco se pudo conseguir, sea porque la Junta Directiva General no obraba con toda la actividad apetecible en este negocio, sea porque no faltaba alguna oposición para ceder el colegio al Estado.

Restablecido el sistema federal, la Junta Subdirectora de Michoacán pasó á ser Directora de Estudios del Estado, y entonces se redoblaron los esfuerzos para obtener la cesión del colegio. Al fin se logró, por la buena disposición del Cabildo eclesiástico, quien cedió generosamente al Gobierno del mismo Estado el edificio del colegio y los capitales que reconocía, con el fin de que se consagrara á la instrucción pública. Este desprendimiento del Cabildo proporcionó al Estado un nuevo plantel de educación, habiéndose comenzado á trabajar inmediatamente por conseguir su apertura. En numerario no había fondos, pues los productos de la pensión sobre herencias transversales, asignados á la instrucción, no bastaban para cubrir los primeros gastos. Uno de los individuos de la Junta, don Vicente Rionda, franqueó de muy buena voluntad todo el dinero que fué menester emplear en hacer reparaciones de importancia que necesitaba el colegio, en la construcción de la capilla y en la nueva distribución que había de darse á las salas y oficinas del colegio. Todo se consiguió, estando en aptitud de recibir alumnos internos y externos, que comenzaron á presentarse cuando se verificó su apertura.

Esta tuvo lugar en enero de 1857, habiendo pronunciado el discurso de instalación el Profesor de Medicina, Doctor don Juan Manuel González Urueña.

Don Santos continuó de Secretario de la Junta Directora, trabajando siempre por la prosperidad del establecimiento, y aunque él no pudo cooperar con recursos pecuniarios, porque no tenía, ofreció que desempeñaría gratuitamente el encargo de Secretario, esperándose á que sus sueldos se le pagasen hasta después de que el colegio se abriese. Además de esto, don Santos tenía en su casa la oficina de la Secretaría, y algunas veces erogaba de su peculio los gastos de escritorio. No había sido el interés de medrar lo que le había hecho aceptar la Secretaría, sino el deseo de hacer un servicio al Estado y á la juventud, á quien profesaba mucho afecto.

El Sr. Rionda fué satisfecho de lo que con tan buena voluntad había prestado para la reedificación del colegio; pero don Santos nada cobró hasta después de algunos años en que la necesidad obligó á su familia á ocurrir al Gobierno, por primera vez, dirigiendo un ocurso en 1853 al Director ó Inspector de Estudios, Lic. don Urbano Fonseca, cuando don Santos había sido desterrado por la administración de Santa-Anna á un pueblo del Estado de San Luis Potosí, y la segunda, en la administración de don Ignacio Comonfort, al Gobierno del Estado de Michoacán. Ni uno ni otro ocurso dió el menor resultado.

Ya en el año de 1845 las opiniones de don Santos iban siendo más conocidas, lo cual no dejaba de granjearle algunas simpatías, especialmente porque su conducta privada y pública no tenía . . . ¹

¹ Hasta aquí llega solamente el original que obra en nuestro poder, ignoramos si lo terminó el autor ó lo dejó trunco.